

más tranquilos, menos tristes. Sí; los distingo. Conozco éste: «Ecce enim veritatem dilexisti: in certa et occulta sapientiae tuae manifestasti mihi.»

¡Otro, otro sepulcro más!

Aquí la hosamenta que le ocupa está vestida de blanco con una cruz roja en el pecho. Las crispadas manos están sujetas con fuertes esposas. Veo un tajo y una cuchilla.

La cabeza, separada del tronco, ciñe corona de oropel.

«Auditui meo dabis gaudium et lætitiā: et exultabunt ossa humiliata.»

Aquí veo la causa de aquellos ruidos extraños; los produce el estridente choque de las

bellino las ideas en mi cerebro, como en el impetuoso torrente se revuelven las aguas que á él afluyen.

Las pocas fuerzas que poco antes me socorrieran para salir del espantoso féretro, van abandonándose rápidamente. Pierdo el sentido.

¡Vuelvo en mí; otra vez la opresión, el dolor en la espalda, el aliento cae otra vez sobre mí oliendo á resina y polvo!

Crecen los cánticos y los murmullos y los acordes de eólicos instrumentos.

Crece mi espanto. Quiero hablar y no puedo.

Las ideas que antes bullían en mi cabeza van extinguiéndose poco á poco y balbuceo: «Domi-

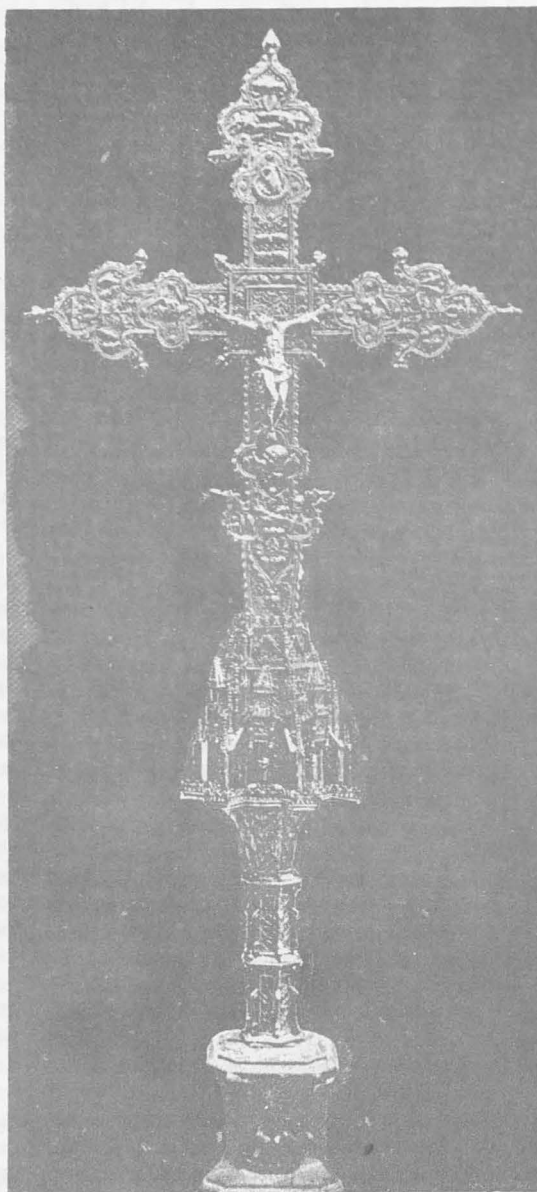
enhiestas columnas que se pierden en la altura negra é insondable....

Veo una, dos, tres... luces moribundas y rojizas.

*
*
*

Me había dormido en la Catedral extasiado con las armonías del *Miserere*.

FEDERICO LATOBBE Y RODRIGO.



Cruz de la Manga

descarnadas manos al dar en los huesudos pechos, acompañando el «Mea culpa, mea culpa», que de las horribles y polvorientas bocas se escapa.

Esta escena mantiene la excitación que me domina: afluyen en confuso torbellino á mi mente más espanto y misticismo; se agigantan recuerdos de acciones y pensamientos que juzgué baladías y caigo de hinojos como agobiado por inmensa pesadumbre. Dirijo mi vista al cielo y murmuro aterrado: «Asperge me hisopo, et mundabor: lavabis me et super nivem de alibor.»

Espectáculo tan pavoroso y tan grande á la vez, confunde unas con otras en horrible tor-

ne non secundum peccata mea facias nobis.»

Siento que sacuden el féretro que de nuevo me encierra. Me levantan con brusquedad.

Hago esfuerzos hercúleos para dar señales de vida y ni uno de mis nervios obedece á mi voluntad, y en tanto la marcha que poco há comenzara, continúa acompasada llevándome á la mansión de la soledad y del silencio.

Se levanta un coro de cien voces distintas que dicen: «Dimite nobis debita nostra.»

Debo estar muerto para los hombres.

¡Qué espantoso es pensar dentro del sepulcro!

De pronto, una sacudida nerviosa causa en mi cuerpo una revolución, abro los ojos y veo

PROCESIÓN DE ANTAÑO



La multitud se apiñaba dentro de la Catedral, hacia la puerta Llana, con verdadera irreverencia. Hombres y mujeres, niños y ancianos, se apretaban y codeaban entre sí, elevándose sobre las puntas de los pies, para ver mejor la abierta puerta por donde había de entrar la procesión.

En las naves de la imponente iglesia, paseaban silenciosas varias personas